

AL SOLDADO EN CAMPAÑA.

Consejos del Cirujano.

Los consejos elementales que nos proponemos publicar en esta Sección no pretenden, de ninguna manera, hacer un tratado de cirugía general, por dos razones: la primera, porque tal obra sería superior a nuestras fuerzas, y, la segunda, porque van dirigidos a personas no preparadas para estudios de aquella magnitud. Lo que deseamos es señalar los medios más simples y prácticos que pueden emplearse en el campo mismo de la lucha, en la línea de fuego, para auxiliar a nuestros hermanos en el caso de ser tocados por las balas enemigas, o en el de que hayan sido víctimas de los accidentes comunes en la lucha.

Van, pues, dedicados estos renglones a toda persona de buena voluntad, a la fiel compañera de nuestro valiente soldado, a este heroico luchador, a sus oficiales, a sus Jefes y a todo aquél a quien toque en suerte estar junto a un herido en los campos de batalla, entretanto llega el momento de que se le puedan ministrar los cuidados de un cirujano.

HERIDAS.—De todas las lesiones sufridas por el soldado en los combates, la más frecuente es la herida que produce el proyectil de arma de fuego. Esta herida, que es muy grave o rápidamente mortal cuando interesa los órganos más nobles del cuerpo, como el cerebro, el corazón o las arterias principales, etc., etc., es, en general, una lesión relativamente benigna siempre que el proyectil no sea de los llamados expansivos que, por desgracia y aunque excepcionalmente, se usan aún por los llamados ejércitos civilizados.

Los dos cuidados principales que deben tenerse al atender una herida son: contener la hemorragia o pérdida de sangre, si ella puede poner en peligro la vida del paciente, y evitar la infección o inoculación de la herida, que es la que produce su inflamación posteriormente.

Para ponderar la importancia que tiene la detención oportuna de la hemorragia, nos bastará recordar el caso del señor General Obregón, cuyo brazo fué destrozado por una granada enemiga en los campos de Silao: un Oficial de su Estado Mayor, que felizmente llevaba una venda en el bolsillo, ligóle fuertemente el brazo, de que manaba forzosamente abundantísima sangre, logrando detener ésta, en tanto que era atendido por manos expertas. El General Obregón, que aún conservaba suficiente sangre para vivir, fué operado con maestría y salvado de una muerte inminente. Así, pues, en primer término, a la oportunidad y espíritu sereno de aquel valiente Oficial, la República debe la vida de uno de sus más ilustres hijos.

Toda hemorragia, pequeña o mediana, debe contenerse aplicando sobre la herida una o dos capas de gasa esterilizada y sobre ésta una capa de algodón absorbente, cuyo grueso baste a impedir el escurrimiento de sangre, una vez vendada la curación. Esto será suficiente, aunque el apósito (gasa y algodón aplicados sobre la herida) alcance a impregnarse completamente de sangre, con tal que ésta no escurra del referido apósito. Si, a pesar de esto, la sangre sigue escurriendo, se aplicará mayor cantidad de algodón, quitando el primero y aplicando el nuevo sobre la gasa anterior, pero vendando más fuertemente que antes: mas, si se teme perder mucha sangre al quitar el apósito primitivo, no se removerá éste, y el nuevo algodón y la nueva venda se aplicarán fuertemente sobre la curación primitiva.